



**ROJO
COCHINILLA**

ALBERTE MOMÁN NOVAL

R.

Rojo Cochinilla

El mar es tan breve como el último sorbo de una cerveza fría bajo una sombrilla en la terraza de un garito de playa.

Apreciaba las delicadas venas de los párpados tras el paso de la luz del sol a través de la fina membrana. El horizonte naranja que se extendía delante de sus ojos cerrados lo ayudaba a agudizar el resto de los sentidos. El rumor de la brisa que mecía la fina capa de hierba a su alrededor, la humedad de esta en su espalda, el olor a ropa limpia columpiada por el viento sobre su cabeza... Argallúas, aquel gato al que en demasiadas ocasiones le habían buscado sus tres pies avanzaba torpemente, intentando compensar la ausencia de su cuarta pata. En algún momento, alguien pensó que sería oportuno cambiarle el nombre por Elvis, debido a su extraño movimiento pélvico, pero Argallúas, poco proclive al cambio, replicó con un maullido de desagrado. La denominación de Argallúas se remontaba a varias generaciones, no ya de su familia (desconocida por otra parte), sino como predecesores de una misma propietaria, Poe, que por más señas era Edgar Allan, la mujer que se extendía

en toda su envergadura sobre el campo, debajo del tendal, del que se desprendía el tejido aún húmedo de unas sábanas de algodón. Eventualmente, las gotas de agua que rezumaban caían pesadamente, golpeando el rostro de ella, que se deleitaba, pasando la lengua por la comisura de sus labios húmedos. La presencia de su gato, que en absoluto pasaba desapercibida por su andar grosero y su respiración entrecortada, mezcla de asma y desmedido esfuerzo, hizo que interrumpiese la meditación para responder a la llamada al teléfono que Argallúas llevaba, solícito, aferrado entre sus desgastadas mandíbulas.

—¡Diga! —Poe miró el aparato después de acercarlo al oído sin recibir ningún tipo de respuesta—. ¡Han colgado! Vas demasiado viejo para estos servicios. No sé por qué te esfuerzas. Sería mejor que te acostaras en tu cama, al lado de tu cuenco con agua y tu plato de comida.

La relación informal entre ambos propiciaba aquella respuesta desproporcionada.

—Creo que tienes razón. La próxima vez, murmuraré tu nombre desde mi cojín lleno de pelos.

Argallúas sabía responder, pues contaba con una capacidad especial para el sarcasmo. Poe golpeó con la yema de su dedo índice la pantalla del aparato, pues era táctil, esperando la preceptiva rellamada como respuesta. Una voz desconocida acudió de inmediato, verbalizando el nombre de su interlocutora repetidas veces, como si buscarse memorizarlo. Expuso, por medio de una verborrea incontinente, el motivo de su requerimiento. El gato se acercaba ya a la entrada de la vivienda de planta baja en medio del campo. Se detenía periódicamente para observar a aquella que los años habían convertido en su legítima propietaria que, por su parte, caminaba despacio, pendiente de la comunicación. Al final de la misma, Poe avanzó hasta el Jaguar XJS convertible de 1996 que el tiempo y 15 000 euros habían convertido su motor V12 de cuatro litros y 223 caballos de vapor en un dos litros de 150 caballos, más acorde con el uso diario de una investigadora privada acomodada en su pobreza.

—Me tengo que ir, el trabajo me llama. Pórtate bien en mi ausencia. No comas todo el pienso de una vez y deja alguna cerveza fría para mi vuelta. Y, si no regreso esta noche, llama al súper para que mañana traigan la compra de la semana. Tienes la lista sobre la mesa de la cocina.

Saltó sobre la puerta de la conductora, como había visto hacer en infinidad de películas, y encendió el motor, que escupió una primera exhalación de humo azul por el tubo de escape antes de iniciar una arrancada lenta y pesada, para perderse en la primera desviación a la izquierda. Argallúas intentó juntar sus labios para escupir a causa de la polución del Jaguar que se había introducido en su boca abierta. En ese momento, detestó ser un felino.

Poe condujo hasta su bar preferido, lugar al que acostumbraba a llevar a sus clientes en la primera cita. Se trataba de un local oscuro y sórdido en el degradado casco histórico de Estaleiro, nombre ficticio de su ciudad natal, que decidió adoptar varios años atrás en homenaje al único escritor que había conocido en su vida. Un

tipo con el rostro y las formas de un Torrente Ballester moderno amante de Bob Dylan y de los coches clásicos norteamericanos. Al abrir la puerta, los vapores del interior se precipitaron hacia su rostro. Una mezcla de sudor y otros fluidos, que denotaban las actividades que se realizaban en el interior a aquella hora, hicieron que se detuviera en la entrada durante un instante. Tiempo que aprovechó para deleitarse con la delicada versión del *Kathy's Song* de Simon and Garfunkel realizada por The Secret Sisters y para inspeccionar el interior en busca de una mujer con evidentes signos de un maltrato más propio de un imbécil que fingía amarla que por las circunstancias adversas de la coyuntura global. La luz que penetró en el establecimiento provocó que media docena de chaperos huyeran despavoridos, los cuales, en su desnudez, arrastraban sus ropas tras ellos, como si estas no tuviesen el más mínimo interés en seguirlos. Poe caminó hasta el fondo del local, obviando las escenas de pornografía y exhibicionismo que se mostraban a su derecha, saludó a Dora, la tabernera, que le sonreía a su izquierda, desde detrás de la barra. Con un gesto solicitó su consumición habitual y una ronda